



El Bécquer de Puerto Rico

Russell P. Sebold

«Con llanto escribo», confiesa hacia 1875 ó 1876 José Gautier Benítez (1851-1880), el llamado Bécquer borinqueño, minada ya su salud por la tisis. En los mismos días, recuerda los cuatro meses y pico que, todavía militar, pasó en Madrid en 1870, último año de vida del gran poeta sevillano, a quien tanto se asemeja, aunque no parece haber conocido las *Rimas* antes de 1876. En Madrid le ocupaba el tiempo a Gautier la nostalgia por su «antilla», según decía, y así «mi gran consuelo era en las altas horas de la noche irme a los cafés-cantantes a oír las canciones andaluzas. Allí, recostando mi silla en la pared y cubriendo mis ojos con el sombrero, desplegaba las alas del pensamiento, atravesaba el Atlante y soñaba [...] y venía a sacarme de aquel arrobamiento la voz soñolienta del mozo avisándome que era preciso cerrar». En esos meses, también le ocupaban el pensamiento a Gautier unos malhadados amores, sobre los que escribe su poema «Venganza», fechado en Madrid en 1870 y de estilo prosaico, realista, como el de las rimas becquerianas del rompimiento amoroso: «Si un hombre, Carmen, me hubiera / hecho lo que tú me has hecho, / tomaría venganza fiera, / único alivio que diera / por consuelo a mi despecho», etc.

Antes de un viaje a Puerto Rico, en enero de 1992, yo ni sabía de la existencia de Gautier. Confieso mi ignorancia, y no estoy solo en ella. La biblioteca de mi universidad, que es de las más grandes de Estados Unidos, no posee ni una sola edición del verso de este gran poeta. Sin embargo, para un aficionado a las *Rimas* no cabe mayor alegría que el descubrimiento de Gautier: es como si te sorprendiesen con la feliz noticia de que acababan de exhumarse unas doscientas páginas de poesías olvidadas de Bécquer. Y para el detective literario el interrogante más intrigante del paralelo es precisamente cómo se ha de explicar tan honda coincidencia. Como poeta, Gautier supera a los «becquerianos» españoles Angel María Dacarrete, Juan de la Puerta Vizcaíno, Arístides Pongilioni, etc.; y aunque para estos últimos el contacto textual con Bécquer no fue problema, el puertorriqueño, por su temperamento, por su visión de la vida y por su estilo se acerca mucho más a Gustavo Adolfo.

Veamos algunas coincidencias. Ambos poetas hablan con una niña llorosa: «Ya ves; yo soy un hombre... y también lloro» (Bécquer); «... Bien lo sé: / que yo también he llorado / y jamás me he avergonzado / del llanto que derramé» (Gautier). «Si al mecer las azules campanillas / de tu balcón, / crees que suspirando pasa el viento / murmurador, / sabe que, oculto entre las verdes hojas, / suspiro yo» (Bécquer); «Sé, en buen hora, la rosa que fragante / al aura da su olor; / y yo seré... la brisa susurrante, / la brisa del amor» (Gautier). «¿Quién reunió la tarde a la mañana? / Lo ignoro, sólo sé / que en una breve noche de verano / se unieron los crepúsculos y "fue"» (Bécquer); «Yo no sé lo que dije / ni recuerdo sus palabras; pero sé que en una sola / se fundieron nuestras almas. / Llegó el sol a su cenit, / volvió a esconderse en las aguas, / tendió la noche su manto», etc. (Gautier). Donde coinciden estos espíritus, es asombroso el grado de la coincidencia, donde se apartan, cualquiera de los dos hubiera podido decirlo del otro modo sin ser infiel a sí mismo. «Si de nuestros agravios en un libro / se escribiese la historia, / y se borrara en nuestras almas cuanto / se borrara en sus hojas; / ...» (Bécquer); «borraste del alma mía / los recuerdos que encerraba, / así como borra el viento / la estela sobre las aguas» (Gautier). «Yo voy por un camino, ella por otro: / pero al pensar en nuestro mutuo amor, / yo digo aún: ¿por qué callé aquel día? / Y ella dirá: ¿por qué no

lloré yo?» (Bécquer); «Y nuestro amor comprimiendo / ambos del orgullo en pos, / vamos por el mundo, ¡ay, Dios!, / el uno del otro huyendo» (Gautier). «Dios mío, qué solos / se quedan los muertos!» (Bécquer); «¡Cuán largas son las horas / de sufrimiento! / ¡Cuán tristes son las noches / de los enfermos!» (Gautier).

En la pobre crítica dedicada a Gautier se habla de la «influencia» de Bécquer, mas es muy difícil evaluar el alcance de tal deuda porque del puertorriqueño no hay ediciones realizadas con el necesario rigor filológico y porque apenas se ha intentado fechar los poemas que él mismo no fechó. En una carta de 1879, Gautier menciona a Espronceda, Campoamor, Núñez de Arce, Zorrilla, Bécquer y Heine. Núñez de Arce ha dejado tal vez alguna impronta en ciertos versos patrióticos que Gautier compuso durante el último año de su vida: y se oyen ecos de Espronceda, Campoamor y Zorrilla en su lira. Pero la cronología literaria no supone ningún obstáculo para estas tres influencias, que por otra parte ya se acusan en el fascinante pero malogrado romántico puertorriqueño de la generación anterior, Santiago Vidarte (1828-1848).

Lo único que puede afirmarse con certeza es que en algún momento anterior al 18 de noviembre de 1876 Gautier conoció las *Obras* póstumas (1871) de Bécquer, pues en ese día escribe a su paisana Lola Rodríguez de Tió, felicitándola por sus rimas: «El mismo Bécquer -dice- no las tiene mejores». Queda claro por el carácter absoluto de esta afirmación que conocía va las setenta y seis *Rimas* clásicas. Pero ¿cuándo las conoció? El segundo cuaderno poético de Gautier, donde los poemas ya no van fechados porque el poeta tuberculoso quizá no quisiera pensar en el tiempo, coincide, hasta cierto punto, en la fecha con la carta citada, pues contiene dos poemas dedicados a su hija María, nacida en 19 de agosto de 1875. Algunos de los primeros poemas de este cuaderno parecen, sin embargo, seguir con corto intervalo, a los del primero, donde casi todas las composiciones están fechadas en 1869 y 1870 y donde las hay igualmente «becquerianas», compuestas con anterioridad a la publicación de las *Obras* de Gustavo Adolfo en 1871. Antes de la aparición de las *Obras*, no se habían impreso sino veinte rimas

becquerianas, en la prensa diaria, entre 1859 y 1871; ¿y quién se atrevería a mantener que un habitante del lejano Puerto Rico hubiese visto esos veinte diarios distribuidos a lo largo de doce años, el primero de ellos cuando Gautier no tenía sino ocho años?

Consideremos dos poemas cuyas fechas cercanas desafían, sin embargo, cualquier hipótesis de influencia. Son la rima IV de Bécquer: «Mientras las ondas de la luz al beso / palpiten encendidas, / mientras el sol las desgarradas nubes / de fuego y oro vista», y el poema «Deber de amar» de Gautier: «Mientras pueda a los cielos levantarse / tranquila la mirada, / mientras me dé su aroma delicado / la flor de la esperanza». En esta ocasión casi casi pudo producirse un contacto directo. La rima IV se publicó en *La Ilustración de Madrid* el 12 de marzo de 1870; Gautier llegó a Madrid el 15 de mayo de ese año, y escribió el citado poema en España. Pero ¿era probable que un recién llegado sin amigos en Madrid viera un periódico de dos meses antes?

¿Cómo se explican entonces los paralelos anteriores a 1876? En Espronceda se dan antecedentes del mismo Bécquer, verbigracia, la figura de la mujer ideal. Gautier también sueña con una mujer «ideal»: «La vi entre nubes velada / cual celeste aparición»; ¿y por qué no podrá esta criatura «becqueriana» derivar de la visión idealizada de Teresa en el famoso canto esproncediano: «Lejos entre las nubes se evapora»? En otra «Tribuna Abierta», he señalado la influencia del espiritismo sobre las neblinosas y etéreas emociones de las *Rimas* becquerinas. Pues, si buscáis «la razón de esas indefinibles simpatías -nos responde Gautier-, los espiritistas os la dan». En las seguidillas y otras canciones tradicionales nos sorprenden a veces comparaciones sencillas, intuitivas, que rivalizan con las de la mejor «poesía pura» moderna. Y esa influencia popular la acogen igualmente Bécquer y Gautier. Dice Bécquer: «la poesía popular es la síntesis de la poesía». Dice Gautier: «amo al pueblo [...], lo amo en las manifestaciones de sus sentimientos, lo amo en sus cantares [...], yo soy el trovador de las montañas». En carta de 1876 Gautier menciona por vez primera a Heine. Pero, enfermo desde hace años, también dice en ese año: «Yo antes escribía a cada hora; hoy lo hago sólo de tarde en tarde porque siempre me pregunto: ¿Y para

qué?» Así parece haber en Gautier pocos poemas influidos por Heine o por «Bécquer, imitador de Heine», según llama al sevillano en 1879. A veces no nos reconocemos en nestros semejantes, y en ese mismo año Gautier censura a los «germánicos» por un rasgo que caracteriza a su propia poesía: se trata del estilo «nebuloso», que, según él, los lleva a «no decir nada, por decirlo tan velado». Queda claro que el aparente «becquerianismo» de Gautier representa la evolución en gran parte independiente de otro singular «corazón sensible». «Yo busco la verdad en la poesía -insiste- ... / Y hoy, más que nunca, tras la blanca huella / de mi ideal el corazón se lanza».

(18 de abril de 1992)

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario